

Ralph, se sentía deslizar, poco a poco, en una dirección inquietante. La cara de Dorothy comenzaba a devenir un fondo completamente normal. Ralph se recuperó con un esfuerzo, y con un aire despreocupado interrogó a la joven. No, ella no tenía necesidad de que la regresaran a la ciudad. Prefería permanecer, visitar el conservatorio. Ah, ¿habría música mañana en el Stand del Park? Ella vendría. ¿Y él?

El respondió de modo vago: decididamente turbado ante este ser portador de senos que a él le parecía hendidado por el sexo, desde los talones hasta el mentón. ¿Qué cosa comenzaba a establecerse entre ambos? Ralph se acordaba en este parque de la historia del paraíso terrestre, ya con un poco de arrepentimiento.

Habían llegado delante de un coloso de bronce, una copia del "Pensador" de Rodín, colocado con bastante gusto sobre el suelo en un sitio donde afloraba una vena de piedra bruta.

Heroicamente desnudo, como lo es siempre el alma, sentado sobre una piedra estrecha que parece el último fragmento de un mundo destruido. Nó; no es sobre tal o cual cuestión que se inclina sino sobre el espantoso abismo que se abre más allá de todo problema. Con el brazo derecho, acodado sobre el muslo izquierdo, se curva potentemente: solo logra asir su propia rodilla, con el puño crispado, mientras que la otra mano entreabierta, vacía como una concha muerta, participa sin saberlo en el peso abrumador de la cabeza. Cabeza formidable, cerebro y hueso, ojos abiertos como bocas, dejando caer para siempre en el vacío lo que hay de más pesado en el mundo: la mirada.

No se le podía ocurrir al espíritu de Mr. Ralph E. Sexton que esta ansiosa imagen era la misma de su alma secreta y verdadera. Hablábamos de certidumbre; nó.... En el fondo de todo americano, las afirmaciones superficiales—huecas máximas sociales o pueril teología—no descubren cuando se las penetra de veras, una insatisfacción total, una inquietud grandiosa e ilimitada? Además, la actitud secreta del pensamiento es bastante parecida en todos los pueblos, pero solo a distancias muy desiguales de ella es que, en las diversas civilizaciones, saben establecerse las ideas comunmente adoptadas y manifestarse los actos. Distancia seguramente más grande en los Estados Unidos que en cualquier otra parte, y es ahí donde reside, entre todos los records del mundo que detentan los americanos, el más significativo.

—Un hombre demasiado grueso, creyó pensar Ralph. Un mal "tres cuartos" en juego.

La afiliada del MINNESOTA FEMININE CLUB, exclamó con una virtuosa intransigencia que la realzó mucho a los ojos de Ralph:

—Vergüenza! En Duluth, habríamos roto la estatua a martillazos. No precisa quitarse la camisa para pensar.

II

El lunes en la mañana, Ralph salió del Banco un cuarto de hora después de haber entrado. Dejaba tras él, con un perfecto desapego, no solamente las columnas dóricas del pórtico, sino todo el establecimiento "americano de nombre, de espíritu y de propiedad": las enormes balaustradas de cobre, los plafonds artesonados, las mesas desnudas y limpias, ese aspecto frío de iglesia metodista, detrás del cual se acumulan y luchan las cifras y, de todas partes, a todos los pisos, resbalan frenéticamente por los tubos neumáticos, las cajas de cuero conteniendo las notas de servicio, correspondencia y moneda. Abandonaba también sin pena la cara exclusivamente social del director, Mr. T. S. Tawison, eficaz y neta a la manera de un cheque, sonriente como una cuenta acreedora. Una de esas caras convencionales tras las cuales son ciertas, sin embargo, las geniales invenciones químicas y las lu-

chas atrevidas de las células y, en los tubos de las arterias, los glóbulos rojos de una sangre que, desprovista de pudor, va a todas, a todas las regiones del cuerpo.

Mr. Tawison había dicho simplemente:

—Entendido. Le deseo buenas vacaciones.

Diez días de libertad. Ralph dejaba a los rayos tibios, mezclados de buen viento fresco, inundarle el cuerpo, en tanto que se dirigía hacia el garage. Seguramente, en ese momento, en la espesura de la California, del lado de Mariposa o de la Villa de los Ahorcados, un cielo ardiente debía petrificar los campos antes devastados por los surcos de los buscadores de oro, o abrumar en el valle de Santa Clara, a los recolectores de frutas: la fruta, el oro anual que se levanta solo de la tierra. No era el caso de ir al interior como en otoño. Entonces, ¿por qué no la excursión soñada desde hacía años: descender a lo largo de la costa hasta los Angeles?... Groseras y vanidosas, verdad, las gentes de la ciudad rival e incapaces de elevarse a la distinción de los sanfranciscanos, pero, después de todo ¿no es también una ciudad californiana y propiedad americana?

Era verdaderamente una iluminación esta idea de vacaciones. Le había atravesado el espíritu la vispera en la noche, en el momento de separarse de Dorothy después de haberse encontrado—por azar—en el Stand y haber cenado juntos. Sin saber bien lo que iba a decir, él se había ofrecido a la joven para mostrarle California antes de que ella partiera para Washington. Se pasearían con el querido Jerry y el íntimo Philip. Pero Ralph no había telefonado ni a Jerry ni a Philip.

Aquella "a la que él había salvado la vida" no tenía ya cuando él la volvió a ver esta mañana ni la efusión del primer día ni la reserva en la cual se había atrincherado de modo irritante cuando su paseo después del Stand. Una mezcla de confianza y de intimidad. Cold cream sobre sus rasgos; pero los labios, tocados con un poco de ROUGE, sabían tomar pronto un acento tan vivaz! Ella lo mandaba como un suboficial a un recluta. Y dócilmente él obedecía. El mismo ciudadano que, en los conflictos de los negocios, lucha con independencia, con ferocidad, no se siente, fuera de su despacho, satisfecho sino cuando obedece en forma pasiva a las dos potencias de América: el policeman y la mujer.

Permanecerían primero tres días en San Francisco: así decidió Dorothy, apesar de la prisa de Ralph por evadirse. Ella le hizo en seguida trazar todo un programa. Miraba de arriba a abajo, como en la rambla de Ashland. Aceptaba o declinaba guiñando los párpados. A veces las ligeras manchas de su rostro parecían remontar el vuelo en una sonrisa. O bien, inclinando la cabeza, recibía en ella los proyectos del hombre con una especie de ardor.

Esta mañana el auto rodó primero hacia el Norte de la ciudad, Marina Park. El margen habitual de las ciudades del Oeste: vastos territorios, cuadriculados por calles futuras, donde los blocs marcados ya por las aceras de cemento, exhiben aquí y allá los affiches de los especuladores de terrenos: los "mercaderes de realidad" como se les llama. Esta especie de paisaje produjo en los dos visitantes un enérgico placer. Era algo más que nuevo. Era lo que está todavía por construir. Cerca de la bahía, un aerodromo con aviones de alquiler. ¿Quería Miss Tumbrige volar sobre la Puerta de Oro? El aire se había tornado de pronto frío, el viento áspero y el agua del estrecho, sobre la ribera del cual se elevaban las formas brumosas del Tamalpais, parecía terriblemente negra y profunda: Dorothy se sintió súbitamente mujer para rehusar con un estremecimiento.

Detrás de una sábana de agua durmiente, donde crecían los juncos, se alzaban un arco de triunfo, columnatas corintias, pórticos. Ruinas bárbaras, grandiosas como templos sicilianos. No faltaban sino los búfalos y la mataría.

(Pasa a la página 74)